

A person in a long, dark coat stands with their back to the camera in a cemetery. To their left is a tall, ornate metal cross. The scene is set against a backdrop of bare trees and a hazy, teal-colored sky, suggesting a somber or reflective mood.

 Daniel Martín
Serrano Insomnio

DESTINO

Insomnio

Daniel
Martín
Serrano

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1523

© Daniel Martín Serrano, 2021

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A. (2021)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2021

ISBN: 978-84-233-5922-6

Depósito legal: B. 3.579-2021

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Liberdúplex, S. L.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

En el presente

I

Tomás lleva así casi dos años. Metiéndose en la cama, obligándose a cerrar los ojos, tratando de relajarse, de acompañar la respiración, de no pensar en nada. La mente en blanco, en blanco. Mirar de reojo el despertador de la mesilla, 9.23. Volver a cerrar los ojos escuchando los ruidos de la casa, los sonidos de la mañana, el tráfico, las bocinas, el teléfono que suena y que con urgencia es descolgado por Sara, que habla en voz baja: «Sí, está durmiendo, luego le digo que has llamado», relajándose, la respiración, el reloj, las 10.13; sentir, por fin, cómo le vence el sueño, y soñar algo que no recuerda o que prefiere haber olvidado al despertar, un tanto desorientado, con la vana esperanza de haber dormido por fin. El despertador, las 10.32, y saber que eso es todo lo que va a dormir.

Y así un día tras otro, aguantando en la cama el tiempo suficiente para que Sara no se preocupe. Sale de la habitación asegurando que ha descansado, simula que el cuerpo no le duele como si le hubieran dado una paliza y que los ojos no le escuecen igual que si le hubieran arrojado un puñado de sal hirviendo. Ni que siente en la cabeza el martilleo de la sangre acelerada queriendo huir de ese cuerpo que no le da un segundo de reposo ni que tiene el estómago cerrado, así que se obliga a poner buena cara

cuando Sara le coloca el plato de comida delante. Mastica de manera mecánica tratando de evitar la náusea a cada bocado. Luego entra en el baño y trata de revivir debajo del agua caliente de la ducha. Cada movimiento es un esfuerzo al que se obliga, igual que un ciclista al subir un puerto de montaña cuya carretera parece una pared de la que va a caer al vacío, pero que, sin saber cómo, consigue dar una pedalada más, y después otra, y las ruedas giran despacio mientras se arquea y se retuerce sobre el manillar hasta que llega a la cima. Tomás no ve la cima, ni siquiera sabe si la hay, pero sigue pedaleando, no porque tenga esperanza de que todo se arregle, sino porque un día sorprendió a Sara llorando a solas en la cocina, sentada frente a la mesa de espaldas a la puerta mientras en el fuego, en la sartén, algo parecido a una pechuga de pollo humeaba calcinada. Desde ese día decidió que nadie sufriría más por él, y menos Sara, y menos Samuel, el hijo de ambos. Comenzó a fingir que el insomnio iba desapareciendo, que cada vez conseguía dormir un poco más y mejor y que estaba olvidando la razón por la que había llegado a esa situación. Retomó su vida cotidiana convertido en el mejor actor, utilizando cada gesto, cada frase, para aparentar normalidad, para simular que volvía a ser el de antes, con las heridas curadas y algunas cicatrices de recuerdo. Trabaja por las noches como guarda de seguridad en un aparcamiento del centro de Madrid, donde la mayoría de los días el flujo de coches es escaso, así que cuando el agotamiento le vence puede echar una cabezada en un pequeño jergón que hay en un cuarto de mantenimiento mientras Eli, su compañera, le cubre un par de horas. No logra dormir más de veinte minutos, pero se queda tumbado en la dura colchoneta tratando de que el cuerpo descanse. Y cuando el día despunta regresa a casa con el tiempo justo de darle un beso a Samuel, que en ese momento se marcha al colegio, se quita la ropa, se pone un pijama y se mete en la cama para intentar, una vez más, dormir.

Seis horas después sale del dormitorio con fingido buen humor, aparentando haber descansado y tener el ánimo recobrado de quien acaba de despertar.

Ha aprendido a disimular su estado de varias maneras: utiliza a escondidas un colirio para evitar el irritamiento de los ojos y un antiojeras de Sara que se aplica para tapar las oscuras sombras que subrayan su mirada; y a pesar de que no debe por cuestiones de salud, una vez a la semana o cada diez días, cuando el cuerpo y la mente no resisten más, se toma un somnífero para por lo menos descansar unas horas seguidas. Sin dormir, la vida de Tomás es una pesadilla.

2

Sara ha preparado en una pequeña tarterera media tortilla de patatas y un trozo de pan, y en una bolsa de plástico, una manzana y un yogur. Luego lo ha metido todo en la mochila y la ha dejado junto a la puerta de entrada para que, a Tomás, que está despidiéndose de Samuel, no se le olvide.

—¿Por la noche hay gente por la calle? —pregunta el niño.

—Claro —contesta Tomás mientras arropa a su hijo y le coloca bien el edredón por los lados—, en Madrid hay gente a todas horas. Y más en el centro, donde está el parking.

—¿Y qué hacen tan de noche?

—Bueno, unos vienen de cenar, otros salen del cine, pasean o trabajan como yo, hay mucha gente que trabaja por la noche..., y algunos no tienen a donde ir.

Samuel mira a su padre preocupado.

—¿No tienen a donde ir?

—Hay gente que no tiene casa y duerme en la calle, en el metro, en los cajeros, donde pueden.

—¿Y sus padres?

—Quizá no tienen o no quieren saber nada de ellos.

Durante un instante, Samuel, en silencio, trata de

asentar en su pequeño cerebro el golpe de realidad que le acaba de propinar su padre. En su mundo de seis años no hay lugar para algo tan incomprensible como que alguien no tenga casa, ni unos padres que lo cuiden, ni un lugar donde dormir, y piensa en esa gente como payasos tristes arrastrando grandes maletas, llamando a todas las puertas esperando que alguien les abra.

—A lo mejor se han perdido y no encuentran su casa —aventura Samuel, que necesita una explicación lógica a lo que para él no la tiene.

Tomás acaricia con ternura a su hijo y repara en que quizá sea demasiado pequeño para saber algunas cosas de las que él debería protegerle.

—Estoy seguro de que es eso lo que les ha pasado —le tranquiliza.

—Cuando encuentren su casa, sus padres se pondrán muy contentos de verlos otra vez y harán una fiesta para celebrarlo.

—Por supuesto, todas las noches alguien encuentra su casa. Venga, ahora a dormir, y no pienses en eso. Tú tienes tu casa y tu cama y a tus padres.

Samuel se coloca de lado, la cara contra la pared, y cierra los ojos intentando que las últimas palabras de su padre sean las que le conduzcan al sueño, un conjuro que le proteja de la pesadilla que acecha en algún lugar de la noche. Tomás se levanta y sale dejando la puerta entornada para que en la habitación se cuele el hilo de luz proveniente del salón. Coge su anorak del respaldo de una silla, echa un vistazo a su alrededor, al desorden infantil de juguetes, cuentos y ropa que Samuel crea en apenas tres horas, desde que vuelve del colegio hasta que se va a la cama. En el recibidor le espera Sara con el cansancio del fin del día colgado de los hombros. En realidad arrastra ese cansancio desde hace varios meses. Tomás intuye, nunca se lo ha preguntado, que en más de una ocasión ha estado a punto de rendirse, de pedirle que por el bien de su

hijo se marchara de casa y pudieran reanudar sus vidas, detenidas desde el día en que él tuvo que dejar la placa y la pistola sobre la mesa del despacho del comisario sabiendo que no volvería a ser policía, que le expulsaban del cuerpo por las irregularidades cometidas en su último caso, que le costó no solo el trabajo, sino también la salud y el sueño. Está convencido de que si Sara le hubiera abandonado, se habría pegado un tiro en la cabeza sin pensarlo. Ella y Samuel son la única razón por la que no lo ha hecho en las mil ocasiones en que la idea se le ha pasado por la mente, una idea que solo se puede sacar del cerebro con una bala. Por eso comenzó a mentir, o mejor dicho, a fingir; porque eso es lo que hace, finge que ha dormido, finge que el tiempo ha ido curando las heridas por las que se le escapan la vida y la cordura, y finge que todo lo que se derrumbó está de nuevo en pie. Y por eso aceptó el trabajo como guarda de seguridad en el parking que le había conseguido María, la única persona del cuerpo de policía que todavía le miraba a la cara sin rencor. Un policía que no cumple con su deber echa tanta mierda en el cuerpo que todos cierran filas: hay que repudiar al corrupto, despreciar al que nos avergüenza. Muchos lo hacen convencidos, dolidos por la actitud de quien creían compañero, y otros fingen rabia para disimular que son tan indignos o más que aquel al que acusan. Verse atacado e insultado por los que tienen demasiadas razones para permanecer callados es algo que Tomás acepta como penitencia por sus pecados. Eso y el insomnio, que no le abandona desde hace ya más de un año. Lo más sencillo hubiera sido recurrir a los somníferos, pero hace unos meses su corazón decidió no seguirle hacia el abismo en el que comenzaba a adentrarse, y los médicos le recomendaron que no abusara de los fármacos para dormir si no quería que aquel aviso se convirtiera en lo peor. A pesar del riesgo, una vez a la semana, o cada diez días, cuando parece que el cerebro le va a estallar y le advierte con visiones extrañas, con apariciones de personas que no

debería ver, se toma un somnífero, con la sensación contradictoria del miedo a que pueda pasarle algo y la esperanza de que por fin le pase.

María, con la que había llevado más de cien casos, había sido su compañera durante diez años. Más joven que él cuando entró en la comisaría, Tomás fue su mentor y el que supo ver su potencial. Así que en poco tiempo pasaron de ser compañeros a convertirse en amigos. Y si por algo le duele a Tomás todo lo ocurrido es por ella, porque cuando se ven, siempre a escondidas de la comisaría, ve en sus ojos todas las preguntas que nunca se ha atrevido a hacerle y que él no sabría cómo contestar. Por qué lo hizo sería una de ellas; por qué no se lo contó sería otra. Y «¿cómo no me di cuenta?» es la que se hace a sí misma una y otra vez sin conseguir dar con la respuesta.

—Necesito trabajar —le dijo a María hace ocho meses, un día después de sorprender a Sara llorando en la cocina—. De lo que sea, de verdad, no tengo a quien acudir.

Había arrastrado el cuerpo por las calles hasta la cafetería en la que se habían citado. Con los ojos ocultos tras unas gafas de sol, su cabeza se perdía en una nebulosa en la que la consciencia quedaba aletargada.

—Está todo muy reciente, tu foto sigue en los periódicos —dijo María, a la que le costaba mirar de frente a su antiguo compañero, pues dudaba si aún eran amigos.

—¿Y qué más da? No me han acusado de nada.

—Por falta de pruebas, no lo olvides, para la gente es como si fueras culpable.

—¿Desde cuándo? —preguntó indignado Tomás.

Le costaba procesar los pensamientos, ya llevaba muchos meses durmiendo apenas una hora por noche.

—De toda la puta vida —dijo María levantando la voz para después mirar a su alrededor cerciorándose de que nadie estuviera pendiente de su conversación—. Eras policía, joder, *falta de pruebas* es como decir que ni siquiera las hemos buscado. Y da igual que sea verdad que no

las había, la gente piensa que te has librado por ser policía y nada más.

—¿Me he librado? —preguntó él con cierta ironía en el tono—. ¿Tú crees que me he librado? He perdido mi trabajo, la prensa lleva meses atacándome, ni siquiera puedo salir a la calle. A Samuel todos los días algún hijo de puta se encarga de recordarle en el colegio lo cabrón que es su padre, y Sara...

Detuvo la frase con la voz quebrada, sus ojos se humedecieron y desvió la mirada a la calle. A través del escaparate, el tráfico, los transeúntes, la vida parecían moverse a un ritmo lento, pesado, que él no podía seguir.

—¿De verdad crees que me he librado?

María supo en aquel momento que sí, todavía eran amigos. Tomás no había podido explicar las razones que le llevaron a dejar escapar a un asesino capaz de matar a sangre fría a cuatro mujeres cuando le tenía acorralado, y había permitido que eso le arruinara la vida, la profesión, la familia. Debía de ser porque en su interior, más allá del hecho de que el asesino fuese su hermano pequeño, estaba convencido de que era la decisión correcta.

—Poco te puedo ayudar.

—Siempre hay gente que necesita protección, empresarios que necesitan alguien de seguridad.

—¿Y quién va a querer que seas su guardaespaldas? —preguntó María con una triste sonrisa a la que él respondió con otra no menos triste—. Todo el mundo conoce tu cara y lo que pasó, menuda imagen daría el que te contratara.

Tomás asumió la realidad. ¿Quién iba a querer a un policía deshonesto?

María suspiró pensando si decírselo, era casi un insulto.

—Es una mierda, ya te lo digo.

—¿El qué?

—Conozco a un tío que tiene una empresa de seguridad. Me debe algún favor.

—Vale.

—Son guardas en obras, edificios, esas cosas, una mierda. El sueldo es una ful y haces más horas que el reloj.

—Te he dicho que de lo que sea.

María le miró a los ojos por primera vez en mucho tiempo: parecía querer leerle el pensamiento. Sacó de su cartera una tarjeta y se la entregó.

—Dile que vas de mi parte.

Cogió la tarjeta y la observó durante un instante. Aquella era la primera buena noticia que le daban en meses.

—Gracias. Y espero que algún día puedas perdonarme.

—Y yo espero que algún día puedas contármelo.

Tomás sabía que nunca podría cumplir sus expectativas. Lo que pasó, sus razones, era algo que se llevaría a la tumba.

—¿Duermes? —le preguntó María haciéndole ver que seguía importándole.

—No —contestó él sin ambages, y tras meditar unos segundos dijo—: A partir de hoy voy a empezar a hacerlo.

De eso hace ya varios meses. Ahora Sara le ve más entero, más sereno, y con alivio constata cómo el trabajo de guarda de seguridad, que pensaba que terminaría de hundirle con solo ponerse el uniforme, está resultando la cura perfecta para el maltrecho corazón y la fatigada alma de su marido. Eso es lo que Sara cree cuando le entrega la mochila con la cena y le da un dulce y cálido abrazo para trasmitirle toda la ternura de la que es capaz con la esperanza de borrar las sombras que todavía sobrevuelan su cabeza. Él sonríe tratando de no aparentar tristeza, como lleva haciendo durante demasiado tiempo; lo que siente por un lado, lo que muestra por el otro. Aunque en oca-

siones ha llegado a dudar si lo que finge es real. Agotado, Tomás sale de casa una noche más.

Una vez dentro del coche aguarda unos minutos antes de arrancar. Es el tiempo durante el que medita y se conciencia de que va a ponerse al volante. Sabe que no está en condiciones de conducir, sus reflejos están apagados: los faros de los otros vehículos lo deslumbran, las luces de las farolas o de los comercios forman a su paso una sucesión de destellos uniformes de distintos colores —es incapaz de distinguir unos de otros— y lo que consigue ver o cree ver a veces le engaña. Como aquella noche que yendo al trabajo vio de repente, en medio de la carretera, el carrito de un bebé y a una mujer, la madre, gritando desesperada desde la acera. Frenó hundiendo el pie en el pedal al tiempo que tiraba con fuerza del volante hacia atrás, intentando en vano detenerse mientras veía acercarse el carrito cada vez más deprisa sin poder hacer nada por esquivarlo. Por un momento pensó que el suelo del coche iba a ceder ante la fuerza del pie. Los frenos chirriaron en el silencio de la noche, roto por un golpe amortiguado que él sintió con una breve sacudida y por un chasquido seco, de hueso roto, que aún hoy sigue incrustado en su cerebro. Se bajó temblando, sin fuerzas, rogando que no hubiera pasado nada, que el niño estuviera bien. Pero no había nada, ni carrito ni mujer: nada. Miró a su alrededor buscándolos con desesperación. Solo un hombre le observaba receloso desde la acera. Se había asustado al escuchar el frenazo. Tomás buscaba en él la respuesta a su extrañeza.

—¿Ha visto un carrito de bebé? Se me ha cruzado.

—Yo no he visto nada —dijo el hombre.

—¡Pero estaba ahí! —dijo temblando—. ¡También había una mujer!

El hombre le miró tratando de averiguar si estaba loco, borracho o las dos cosas. Ante el oscuro asfalto de la carretera desierta de peatones, de coches, de carritos de niño y

de madres histéricas, Tomás se convenció de que nada había sido real, de que su agotado cerebro le había hecho ver lo que no era, y a pesar de suponer un alivio porque no había matado a nadie, significaba que ya no podía fiarse de nada de lo que viera, escuchara o sintiera. Estaba atrapado entre lo real y lo imaginado y era peligroso, porque lo que le acababa de pasar podía ocurrirle en cualquier momento.

Por eso, y porque no es la primera vez que le sucede, se queda en el coche unos minutos, mentalizándose de que debe prestar la máxima atención a lo que ocurre en la carretera, a cada semáforo, señal, vehículo o peatón que se cruce en su camino. Sentado frente al volante, en el silencio del parking, observa a algún vecino ajeno a su presencia que aparca al final del día, actuando como cuando creemos que nadie nos ve. Algunos hablan solos, o maldicen el cansancio y la monotonía. Tomás se siente incómodo al presenciar oculto ese desfile de hombres y mujeres que regresan a sus casas. Sacan del maletero bolsas del supermercado para llenar neveras que a los pocos días volverán a vaciarse y que tendrán que volver a llenar en una espiral que se va tragando los días, los meses y los años.

Un coche entra en el parking, lo conduce una mujer, que aparca en una plaza cercana a la suya. Apaga el motor, coge el bolso del asiento del copiloto, abre la puerta y sale. Tomás no se fija en ella, tiene los ojos fijos en el vehículo, un Mégane azul oscuro, metalizado, idéntico a uno que tiene en la memoria, la pieza de un puzle sin completar. Un coche aparcado en una calle residencial de un barrio de la periferia a primera hora de una mañana de, le parece, hace siglos, o perteneciente a una vida pasada, ajena. Una mañana fría, húmeda, de niebla alta a través de la cual se adivinaba un sol lejano y débil. Tomás y María habían recibido el aviso del hallazgo de un cadáver en el maletero de un coche. Llegaron al lugar dispuestos a ocuparse del caso sin sospechar que sería el último y que a él le cambiaría la vida hasta convertirlo en lo que ahora es.